Editorial
DOI: 10.17151/rasv.2025.27.1.1

Plantas y plantaciones: estudios de vidas vegetales

Sofía Lara-Largo
Doctora en Antropología y Sociología. Profesora Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.
sofia.lara@ucaldas.edu.co
ORCID: 0000-0001-8407-3773
Google Scholar

Luis Alberto Suárez Guava
Doctor en Antropología Social. Profesor Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.
luis.suarezg@ucaldas.edu.co
ORCID: 0000-0002-0432-8674
Google Scholar

Este número de la Revista de Antropología y Sociología Virajes publica cuatro estudios que prestan atención a las vidas de las plantas. Hicimos un llamado para hablar tanto de las plantas prodigiosas que se extienden como alimento y como cura, como de las plantas cuyos cultivos se propagan como mareas de enfermedad y devastación. En el entretejido vivo que compartimos con las diversas especies vegetales se podrían explorar las posibilidades de la vida humana en el planeta. Hablar de pervivencia compartida, en lugares que hoy en día parecen imposibles de habitar, sería una de las maneras de pensar más atentamente aquello que diversos autores han llamado *antropoceno*, *capitaloceno*, *plantatioceno*, *chthuluceno*. Además haría posible la búsqueda de alternativas para poder continuar llevando y entregando la vida tomando en serio nuestra *respons-habilidad*, nuestra capacidad para corresponder (Haraway, 2019).

Las plantas crecen en todo tipo de ecosistemas, bajo el agua y sobre las laderas empinadas y escarpadas a miles de metros por encima del nivel del mar. Aquellos que han vivido cercanos a ellas conocen parte de sus modos de hacer mundo. Hay misteriosos vínculos que apenas podemos

Cómo citar este artículo:
Lara, S. y Suárez, L. A. (2025). Editorial. Plantas y plantaciones: estudios de vidas vegetales. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, *27*(1), 7-18. https://doi.org/10.17151/rasv.2025.27.1.1

constatar, pero no comprender. ¿Deberíamos hacerlo? Algunos pueblos originarios custodian un saber profundo que no niega el misterio sino que lo abraza. Al abrazarlo, como cuando conocemos a una persona con la cual hablar estimula, las comunidades campesinas y demás gentes que dependen de la tierra, ingresan en una conversación genuina y continuada con seres vivos no humanos, casi siempre vegetales.

Una pequeña parte de esa conversación originaria nos la plantean los artículos publicados en este número de la RASV. A esas cuatro propuestas respondemos con cuatro entradas que no pretenden cerrar o agotar los caminos de indagación. Al contrario, se presentan como raíces y como ramas que buscan cuidadosas y pacientes, son apenas brotes posibles, piecitos que jalamos, verdores que intuímos.

1. Lo abierto, lo cerrado, lo que se riega

La condición de ser de las plantas les permite la virtud de producir su propio alimento a través de la síntesis de luz, un comportamiento que destaca el filósofo italiano Emanuele Coccia (2017) al hacer énfasis en el concepto de autotropía. Las plantas hacen aire de la luz, y comida del agua y la piedra primordial, respirando dióxido de carbono, de modo que, como dice bellamente Natasha Myers (2021), son "adoradoras del sol y magos terrestres", y por supuesto, son el sustrato que produce la comida que comemos y el aire que respiramos todos los demás vivientes. Tanto Myers como Coccia están de acuerdo en que las plantas "hacen mundo". Myers prefiere las palabras fotosíntesis y plantoproceno para referirse a esta era que habitamos; son el recordatorio de que, para sobrellevar los tiempos desastrosos que vivimos, "no estamos solos" (p. 1): "Los seres verdes hicieron este planeta habitable y respirable" (p. 1). Myers recurre a la palabra *im-plicación* para dar cuenta del embrollo que supone la afirmación según la cual "existimos porque ellas existen" (p. 2). Una existencia depende de la otra.

La implicación supone la participación entrañable, un envolvimiento que, como proceso constante, anula la distinción entre contenido y continente. Si fuera sólo por el aire que respiramos y que viene de las hojas, tendríamos que aceptar, como gente que se enamora, que no podríamos vivir sin su aliento. Respiramos el aliento de las hojas, su aire nos da aire. Respiramos por ellas y, de un modo más que poético, respiramos para ellas porque nuestro aliento es su aire. Pero también es claro que son alimento de todos los animales, incluidos aquellos que comemos, y son vestido y material fundamental de las arquitecturas, de la objetualidad y hasta inspiración para modelar nuestros

vínculos fundamentales. No hablamos de un animal de la vida sino de un árbol de la vida.

Están en nosotros y nosotros estamos en ellas. Este no es un hallazgo ni reciente ni moderno. La facultad de conectar el suelo con el cielo, a través de las hojas que fungen como mezzanines fotosintéticos, permite el nacimiento de una comunión atmosférica, de un soplo compartido en el que navegamos todos los vivientes, nos explica Emanuelle Coccia (2017). En el argumento del autor opera el viejo conocimiento según el cual las plantas hacen aire y curan los males del aire. Podríamos referirnos a los efectos curativos del sahumerio, ensamblaje de hojas secas y resinas cuya combustión provoca un humo que aleja los aires malsanos y los malos humores: los barre. Pero también a los barridos del aura que se hacen aquí y allá por toda la América popular con ramas de ruda, marco o huairasacha. También son curativas las atmósferas calientes de los vahos y baños de asiento que se practican para los cuidados del embarazo, el parto y el puerperio. Las plantas aromáticas, también llamadas plantas de olor, son el aura que ellas producen y transportan. ¿De qué otras formas podríamos entender la implicación de las plantas, los animales y el mundo?

El antropólogo David Marulanda, de la mano de sus maestros embera, nos pone delante una pista cosmológica indagando la relación entre la multiplicación del maíz y la transformación del yerno en mico. Hay allí cierta comprensión del mundo que no puede separar la vida de los animales, vueltos afines, de la de las plantas que son condición de todas las existencias. Marulanda empieza su relato, que podría ser uno de cacería, con la narración de la recolección del maíz entre el rastrojo que deja tras su paso la máquina cosechadora en Caimalito, un paraje en el valle medio del río Cauca, en el centro de Colombia. No solo es diciente el paralelo entre las actividades de cacería y recolección, que suponen un movimiento generativo de arriba hacia abajo (lo que cae y luego se recoge), sino la posterior relación entre un árbol y el origen del agua. Todos estos son hechos reafirmados por el relato de los orígenes del mundo.

La forma del cultivo del maíz embera, como fue estudiada durante la segunda mitad del siglo XX era la de regar el maíz en un terreno previamente desbrozado pero con los árboles altos en pie, de modo que la maleza era dejada en pudrición, pero sin quema y sin enterrar las semillas, para no herir a la tierra (Vasco 2002c, p. 84). El maíz se riega sobre un lote que de ninguna forma está "limpio" y sobre una tierra que no está "descubierta". Lo mismo que hacían los embera del siglo pasado lo hacían los animales que convivían con ellos, estos últimos eran dueños de una semilla que a su vez "regaban": la oropéndola era dueña de la semilla del plátano o el

zorro negro era dueño de la semilla de la caña. Ese "riego", sin embargo, ocurre como castigo por tratar de retener lo que debe darse: el alimento y el agua. Como bien lo entendieron los embera, tanto el primero como el segundo son producto del crecimiento y de la caída de las plantas.

El mito de la creación del mundo cuenta que el agua estaba retenida en un árbol, el jenené, y que al provocar su caída Karagabí pide la ayuda de sus cuñados (los animales) para conseguir desatrancarlo, pues se enreda en unos bejucos, y de esta forma se consigue el movimiento fundamental de abajo hacia arriba de los animales para desenredar, y de arriba hacia abajo, cuando cae el agua-árbol formando así todos los cuerpos de agua que existen en la actualidad. La comprensión embera desafía algunas de nuestras clasificaciones: los animales son gente (afines), las corrientes de agua son árbol, el maíz es oro (ver Vasco, 2002a).

El movimiento fundamental que hace posible la vida es el mismo que hacen las plantas. De abajo hacia arriba como crecimiento y de arriba hacia abajo como cosecha que cae. La caída del maíz regado y el riego del árbol caído que hace el movimiento del agua en todas sus corrientes es el movimiento de la vida. La actividad humana en los relatos de Karagabí consiste en provocar esos riegos al voleo de las semillas para que haya crecimiento y en la recolección de lo que cae para reproducir el movimiento de *Jé*. Dicho de otra manera, el movimiento de *Jé* es el mismo de la vida de las plantas y es el mismo del agua porque el agua, toda ella con sus corrientes, conforma un inmenso árbol.

2. Colonialismo y luchas interespecies

La relación entre los mundos humanos y los mundos vegetales, así como con otros seres vivos, está constituída por una compleja red de interdependencias que cuestiona la separación ontológica entre naturaleza y cultura, un argumento recurrente en la literatura antropológica de las últimas cuatro décadas. El pensamiento de autoras y autores tales como Donna Haraway, Ana Tsing, Bruno Latour y Emanuel Coccia, han resultado particularmente estimulantes para nuestra reflexión. Para no ir tan lejos, los trabajos de Luis Guillermo Vasco con los embera y los misak (2002a y 2002b) dan cuenta de la compleja clasificación de algunas plantas que son metales o de algunos metales que son plantas. Hace ya tiempo es claro que ciertas plantas son, ellas mismas, conocimiento, curación y poder: no olvidemos el estatuto ambiguo del tabaco, la coca o el yagé en la vida humana. No por eso es menos cierto que otras plantas constituyen lugares de realización de las aspiraciones, que son por excelencia modernas, en las que se celebra la alienación en el

monocultivo, la producción escalar a bajo costo y altamente eficiente y la desterritorialización con todas sus violencias.

Al permitimos ser convocados por Donna Haraway (2019), a través de la idea de "hacer parientes" (*making kin*) o generar parentescos raros con otras especies, invitamos a reconocer las colaboraciones y las coevoluciones que han sostenido la vida en el planeta y buscamos desafiar las jerarquías antropocéntricas, reconsiderando el lugar que le otorgamos a las plantas en nuestras vidas tan humanas. El movimiento lento y silencioso de los seres que habitan los jardines, muchos de ellos en medio de las ruinas y en tiempos de daños irreparables, no habla solamente de un esfuerzo unilateral de su parte por crecer, reproducirse y reverdecer a toda costa. Las fuerzas que permiten la pervivencia de los jardines, entre las que se encuentran las manos humanas, recuerdan la manera en que las especies vegetales corresponden generosamente nuestros esfuerzos y la constancia de quiénes saben cuidar de ellas.

Ese llamado a hacer parientes nos recuerda que, en una medida que resulta inconmensurable, y en razón de que las plantas son el alimento por excelencia, devenimos consustanciales con las plantas que comemos y cuyo soplo respiramos. Sobre todo cuando sabemos que ellas pueden ser cura o enfermedad: qué decir del exceso de azúcar en la sangre que acaramela una larga historia de despojo y desplazamiento (Mintz 1996) o de la oleada de purgaciones y pintas que trajo el yagé y su posterior posmodernización (Taussig 2002, Caicedo 2021).

Anna Tsing (2021) resalta las "zonas de contacto" y las historias de ruina donde los humanos y no humanos, como los hongos y plantas, coexisten y regeneran posibilidades de vida en paisajes alterados. Los hongos que viven bajo la tierra y que transportan todo tipo de contenidos, materias, fluidos e información en el suelo, son la garantía de la vida de las plantas. Esta colaboración antigua y persistente sería la clave para sobrevivir juntos en un mundo que parece desvanecerse, ante las consecuencias ecosistémicas de la acumulación, la voracidad humana y el espíritu insaciable del sistema capitalista.

El diálogo entre humanos y plantas cobra múltiples matices, ha estado determinado por las asimetrías que produce, por ejemplo, la idea de domesticación (Tsing 2012). Ya lo vimos con la horticultura embera que "no hiere la tierra", pero también podríamos advertirlo en la recolección popular de plantas del monte que se usan en prácticas curativas. Esas plantas que "se recogen" al borde de los caminos o en los escasos bosques y que llamamos silvestres, ¿se domestican en el proceso mismo

de su recolección continua? Camila Méndez (2024) lo resalta para el caso de las plantas que llegan a la Plaza de Samper Mendoza en Bogotá, un lugar que se especializa en el comercio nocturno de plantas curativas. Muchas son recolectadas en las zonas incultas de la ciudad, en los bordes de la misma y en los montes de la tierra caliente del Tolima. A la etnógrafa le explicaron que durante la pandemia se detuvo la recolección en algunos lugares, de modo que cuando volvieron pensaron que las plantas estarían muy crecidas, pero comprobaron todo lo contrario. Esto lleva a las personas recolectoras de plantas silvestres a pensar que la prosperidad de las plantas depende de "la mano" de las personas humanas. ¿Estará "la mano" en un lugar intermedio entre la domesticación y la vida silvestre? ¿Y podríamos hablar de "la mano" de otros animales o, incluso, de otras plantas? Es cierto que la lógica de las plantaciones del capitalismo feral quisieran reproducir a escala los efectos de una buena "mano".

Los campos de caña de azúcar en el Valle del Cauca, los grandes sembradíos de hoja de coca en el piedemonte amazónico, las grandes extensiones forradas de palma aceitera en el pacífico, los parajes tupidos por coníferas en los bordes de los páramos, las lomas empinadas colmadas de cafetales en los Santanderes y en Caldas, parecieran verse enaltecidos por su orden, disposición y aparente prosperidad, frente a los montes, las selvas y los bosques que siguen pareciendo insondables, inhabitados y salvajes. Siguiendo el argumento de Anna Tsing acerca de la estrecha relación que la humanidad ha establecido con el cultivo de cereales desde hace milenios (2012, p. 145), podríamos pensar que lo que somos como seres humanos se lo debemos a la fijación que hemos tenido con los sembradíos que crecen juntos, parejitos y favoreciendo la vida de su propia especie al tiempo que producen en abundancia, encaprichando a los humanos con la posibilidad tentadora de la acumulación y el exceso. Los cereales serían en gran parte responsables de nuestra domesticación, serían ellos quienes nos han vuelto sedentarios en un eterno culto al cuidado de las condiciones para que crezca de lo mismo en un lugar forzando toda la abundancia que sea posible.

Era necesario considerar experiencias que involucraran las plantas nutricionales, así como estudios acerca de la contaminación inminente de los alimentos por pesticidas y agroquímicos en la era contemporánea, así como las posibilidades e imposibilidades de la alimentación animal, tanto humana como no humana. En este punto se ponen en juego los conflictos asociados a las prácticas y técnicas de cultivo y explotación de los suelos. La tensión entre montes y monocultivos y el implacable impacto de los agroquímicos, pesticidas, fungicidas y demás substancias

tóxicas asociadas a la agricultura industrial que los hace posibles, están presentes en las reflexiones de Juliana Usamá en este número.

Usamá utiliza el concepto de colonialismo químico con el fin de destacar las violencias ejercidas por las industrias de agrotóxicos en el sur global, abordando el caso del corregimiento de Gualmatán (Pasto, Nariño). La autora reconoce la estrecha conexión que tienen ciertas plagas con cultivos de la región, así como el impacto que tiene la utilización de agroquímicos en la sostenibilidad de la producción de alimentos en esta reconocida despensa agrícola. Además, hace énfasis en el rol de las mujeres agricultoras, campesinas y comerciantes de Gualmatán anunciando la permanencia de conocimientos andinos y la transición a la agroecología.

Usamá hace algo más. Se entrega a la tarea de una fabulación especulativa, siguiendo a Haraway (2019), para tejer una historia transespecie. La parte final de su texto explora una forma alternativa de narración: una, si esto es posible, más cercana, más afectada, más familiar. Podríamos pensar que la escasez de ese tipo de esfuerzos es causante de un cierto *secamiento* de los argumentos académicos, incluso de los mejor intencionados. Cuando la escritura no se atreve a hacer guiños, a fabular historias, como enseñan las autoras feministas, deberíamos preguntarnos qué ideas usamos para pensar otras ideas y qué historias usamos para contar otras historias (Haraway 2019). El esfuerzo de Usamá debe valorarse por lo que viene a ser la conciencia de que la escritura es siembra y cosecha a un tiempo. Dicho de otra manera, al ingresar en la escritura experimental, la antropología puede advertir la increíble coincidencia entre escribir y cuidar de una serie de filamentos que pueden crecer o no. Hay que confiar en ese crecimiento, porque no sabemos qué producirá ese esfuerzo. Como cuando un retoño extraño empieza a crecer en una matera uniespecie, la escritura experimental podría darnos textos exóticos o nutricios, o bellos o esclarecedores o todas esas cosas a un tiempo. Hace pocos años nuestra revista publicó un dossier dedicado a este tema (volumen 22, número 2 del 2020).

También nos preguntamos en un momento por plantas, brotes, hierbas, retoños, flores, bulbos, raíces y frutos que estuvieran vinculados con el equilibrio y el desequilibrio, con la posibilidad y la imposibilidad de la continuidad de la vida en un lugar específico. El trabajo de Maria Paula Saldaña, "Vidas entretejidas, un estudio de reciprocidad y alelopatía en colectivos multiespecie", abre la discusión acerca de las posibles colaboraciones que se tejen en una huerta universitaria en Manizales. La colaboración y los aprendizajes que se construyen de manera conjunta en la huerta, según la autora, no solamente hacen la tierra fértil si no que

también permiten cosechas que no son solamente bien de usufructo para los humanos. La alelopatía como posibilidad de conexión interespecie se utiliza como argumento para comprender la manera en que se forjan relaciones más intensas con los ciclos naturales y la interconexión e impacto recíproco entre todas las vidas que convergen en la huerta.

Queda abierta la pregunta por cómo hacer que esa diversidad generosa de las huertas y los jardines botánicos, como el de la Universidad de Caldas, se cuelen en la vida universitaria de forma más contundente. ¿Cómo podríamos conseguir que lo que saben las plantas sea advertido por quienes se ocupan (nos ocupamos) del conocimiento? Quienes escribimos esta introducción nos sorprendemos cada semestre por la diversa proveniencia de los estudiantes de esta universidad pública en el centro de Colombia. Gente que converge en lugares como el Jardín Botánico y como las aulas de clase. El texto de Saldaña nos antoja a pensar en clases que sean como chagras, en conversaciones alelopáticas multiespecie que desborden los grises muros de las sedes que nos dan cabida. Pero para eso necesitamos estrategias de estudio que se alimenten de ese sustrato y no lo nieguen tan sistemáticamente como lo hace el colonialismo académico.

3. Autoridad y conocimiento

También surgió la pregunta por las plantas maestras y aquellas que están en estrecha conexión con diferentes seres y substancias que involucran el ocio, la muerte y la fiesta de los seres humanos y sus especies acompañantes. Frente a este eje de discusión es necesario destacar el aporte del artículo "La autoridad de las plantas en la educación propia indígena" de John Arcia, Carolina Gallego y Jorge Luis Muñoz. El artículo sostiene que la educación propia indígena se fundamenta en las enseñanzas de las plantas, como maestras en el tejido de los saberes de médicas y médicos tradicionales. Las plantas permiten en este caso intercambios espirituales para mantener la armonía en el territorio. A través de la investigación colaborativa el artículo destaca la forma en que las plantas guían las relaciones entre los diversos seres. Este estudio busca dar un lugar de autoridad a las plantas maestras como un pilar de la educación propia.

Creemos que la noción de una autoridad que no es soberanía humana podría llevarnos a un lugar distinto de aquel que señaló Foucault (2010) en su celebrado artículo. El recorrido raudo que nos proponen Arcia, Gallego y Muñoz muestra de forma categórica que las personas sabias de las sociedades indígenas suelen recurrir a la guía de las plantas en los momentos críticos de su existencia. Basta con repasar algunos de los clásicos estudios acerca del yagé (Taussig 2002), la coca (Urbina

2012) o, para remontar aún más la historia de la antropología, el bejuco del oráculo del veneno (Evans-Pritchard 1976), para darnos cuenta de que el consejo de las plantas en asuntos decisivos ha resultado inescapable. El yagé no elabora un discurso, sino que hace posible cierta fluidez; la hoja de coca, explica un abuelo huitoto, no es otra cosa que una lengua y la lengua es, por cierto, una hoja de coca (Urbina 2011, p. 201); el veneno dice si o no a las preguntas interesadas de quien la consulta. Está en sus hojas, en sus raíces o en sus tallos la decisión. Las plantas aconsejan de manera más bien parca, no son una autoridad ruidosa que se regocija en los meandros del discurso, más bien abren un sendero, aclaran y enfrían el pensamiento. Algunas veces las plantas mismas hacen y son pensamientos silvestres. Y otras son conocimiento que se presenta en forma de pintas o de visiones, como explican Argüello y Romero (1998).

Arcia, Gallego y Muñoz también nos recuerdan que las plantas han sido espíritus que "fortalecen la determinación de los pueblos para defender y recuperar las tierras usurpadas y los saberes suplantados" (p. XX). Esto señala una dimensión política de esa autoridad de las plantas que con seguridad podrá estudiarse en los años por venir.

Lo que resulta innegable es que la curación de las dolencias, posible por la alquimia irrepetible de las plantas, nos pone delante el hecho innegable de que saber de plantas es saber en su forma más pura. La gente que sabe de plantas es gente de saber. Y es muy diciente que suelen ser gente humilde que reconoce que su saber no es de ellas ni ellos, sino que proviene de las plantas. Este hecho no ha sido suficientemente explorado con sus muchas consecuencias. Probablemente la inteligencia de las plantas, una inteligencia hacedora de mundo, sea el origen de toda inteligencia o de toda racionalidad, como dice Coccia. No resulta extraño que la filosofía contemporánea esté tan dispuesta al cuidado de jardines o a perseguir estas vidas vegetales que crecen a ras del suelo (Beruete, 2018; Calvo, 2022; Tompkins & Bird, 2016; Wall Kimmerer, 2023; Jara, 2024).

4. El don de las plantas: las plantas son lo que se da y son las que dan

El habla popular de la gente campesina en Colombia, al averiguar por la naturaleza de una planta se pregunta *en dónde se da* y *qué es lo que da*. La primera pregunta suele referirse al clima, aunque también al tipo de terrenos y eventualmente a diferencias regionales. Todas estas cosas se condensan en la idea de que distintas tierras permiten o impiden que *se den* distintas plantas. La segunda pregunta se refiere a los frutos de la planta y la forma de producirlos: sean hojas, tallos, flores, frutos, raíces o tubérculos. En ambos casos la planta deviene don.

Decir de una planta que se da, supone que hay una cierta cosa se produce a sí misma y se entrega. Ella es un don. La antropología no es extraña al estudio de los dones. Podríamos explorar lo que dice este modo de decir, para parafrasear a Geertz, qué es lo dicho al hablar (1987). Pero a diferencia de Geertz, no nos interesa levantar una nueva interpretación sino advertir las voluntades que se reconocen en juego. Que una planta se dé en esta tierra quiere decir que pudo hacer su vida y crecer en ella. Hay quienes dicen que al recibir cuidados las plantas crecen más frondosas y entonces explican que están alegres. La alegría de las plantas en ocasiones es calificada como un modo de agradecimiento: "ellas son agradecidas", dicen. Este modo de referirse a la relación supone la ida y vuelta de dones. Como no tenemos ni el espacio ni la inteligencia para fundar una pregunta novedosa, podríamos aventurar ¿Qué es lo que se dan plantas y humanos y que es lo que se devuelven? Y, si nos permitimos una especulación arqueológica, ¿Quiénes empezaron? Podríamos decir que se trata simplemente de un caso típico de antropomorfización según el cual ciertas personas, que suelen ser mujeres aunque no exclusivamente, advierten en la alegría de las plantas su propia alegría, que se trata de la proyección de unas voluntades que no moran sino en el deseo humano por ser correspondido. Pero aún quedaría pendiente el hecho de que hay plantas que dan frutos y flores y, además, los exponen de forma ostentosa, como extendiéndolos.

Y, sin embargo, decimos que en unos lados se da esta o aquella planta y que esta o aquella planta dan esto y no aquello. Para usar una forma común de la vida universitaria, diríamos que las plantas son *la pura voluntad de dar*. Tanto que cuando se dan podremos llegar a creer que son agradecidas, pero ellas se dan sin nosotros y seguirán haciéndolo sin la intervención humana. Hay frutos raros de plantas poderosas: la coca, según le enseñaron los murui al filósofo Fernando Urbina (2011), dan la palabra. El yagé da visiones que se extienden en forma de pintas, cuenta Michael Taussig (2002). Es más fácil reconocer un árbol que da guayabas y otro que da chirimoyas. Y quién no ha ido a recoger guayabas, chirimoyas u otro fruto de esos que entregan, generosos, los árboles en un acto de política tan explícito que no lo podemos advertir como voluntad de dar. Creemos, en cambio, que algún tipo de programación genética o destino natural los obliga a producir para nosotros, que consumimos.

Las plantas enseñan dando y su don no es diferente de ellas mismas. Coccia explica que en las plantas se rompe la diferencia entre contenido y continente a través de la constatación de la existencia del soplo, de la respiración y, por ende, del espíritu. Respiramos el aire que las hojas hacen y comemos todo lo que podemos de algunas plantas. El aire que está

afuera se vuelve nosotros al momento de respirar, la comida es planta o ha sido planta, la posibilidad de continuidad de la vida que llevamos dentro es también la vida que se hace y se teje afuera. Tim Ingold (2018) diría que eso que llamamos ser vivo es más bien un remolino de materiales: la respiración deviene la forma más notoria del remolino. Pero no es solo aire; también hay agua, luz y suelo vueltos todos alimento como fruto o como hoja. Las plantas, nos recuerda Coccia, podrían arreglárselas sin animales. Pero los animales, todos, dependemos de las plantas.

Marulanda (en este volumen) advierte que, según sus maestros embera, el maíz se origina en el mundo de abajo o en el mundo de arriba. Vasco (1985) dice que lo de arriba debe caer y lo abajo debe subir. Toda acción que tienda a impedir esto es tacañería y ambición: todo movimiento que no riega y se abre a la tierra (se abre en la tierra) es contrario al principio del don, de lo que ha de darse.

¿No es esto lo que enseñan las plantas, que se dan sin importar si lo están haciendo a una economía de acumulación, contraria a la vida, o a una economía como la de la horticultura embera, que confía en lo que ha de caer y hace lo posible por desatrancar lo que debe caer, indistintamente para todos?

Este número de la RASV, como todos, se extiende como una rama cargada. Esto es parte de lo que damos. Es también un llamado de urgencia frente a la crisis de extinción de las especies y una contribución desde la antropología para la fabulación especulativa, para aprender de las plantas maestras, para enredar bonito, para hacer crecer, tanto como sea posible, la voluntad de darnos y la posibilidad de recibirnos y la esperanza de que todo esto vuelva a ocurrir.

Referencias

Argüello, R. y Romero, G. (1998). *El Yacha. Un hombre que es conocimiento*. Trabajo de Grado, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Beruete (2018). *Verdolatría. La naturaleza nos enseña a ser humanos*. Madrid: Turner Noema.

Caicedo, A. (2021). Ayahuasca: imaginación global y efectos locales. *Ciências Sociais e Religião* 23 (1), pp. 1-28.

Calvo, P. (2023 [2022]). *Planta sapiens.*Traducción de Javier Calvo. Bogotá: Seix Barral Los Tres Mundos.

Evans-Pritchard, Edward Evan (1976 [1940]). *Brujería, magia y oráculos entre los Azande*. Traducción de Antonio Desmonts. Barcelona: Ed. Anagrama.

Geertz, C. (1987 [1972]). "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura". En *La interpretación de las culturas*. Traducción Alberto L. Bixio. Barcelona: Gedisa.

Foucault, M. (2010 [1969]). *¿Qué es un autor?* Trad. de Silvio Mattoni. Córdoba: Ediciones Literales.

Haraway, Donna (2019 [2016]). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el chthuloceno*. Traducción de Helen Torres. Bilbao: Consonni.

Ingold, T. (2018 [2015]). *La vida de las líneas* (Trad. A. Stevenson). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Jara, D. (2024). *Los secretos de Flora*. Barcelona: Editorial Ariel.

Méndez, M. C. (2024). *Plantas y humanos en la plaza Samper Mendoza de Bogotá, una geografía de los encuentros*. Tesis de Maestría en Geografía, Universidad Nacional de Colombia. Sin publicar.

Mintz, S. (1996 [1985]). *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. Madrid: Siglo XXI editores.

Myers, N. (2021). Fotosíntesis. *Reporte Sexto Piso. Dossier capitaloceno.* pp. 1-6.

Taussig, Michael (2002 [1987]). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre terror y curación*. Traducción de Hernando Valencia Goelkel. Bogotá: Norma.

Tompkins, p. &Bird, C. (2016). *La vida secreta de las plantas.* Traducción de Andrés Mateo. Madrid: Editorial Capitán Swing.

Tsing, A. (2021). *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas del capitalismo*. Traducción de Francisco Ramos. Madrid: Capitán Swing.

Urbina Rangel, F. (2011). La coca. palabras-hoja para cuidar el mundo. *Maguaré*, 25(2), 199–225. https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/29895

Vasco, L. G. (2002a [1999]). El oro y la plata entre los embera y wounan. En *Entre selva y páramo viviendo y pensando la lucha india*, pp. 96-120. Bogotá: ICANH.

Vasco, L. G. (2002b [1999]). Guambianos: una cultura venida con oro. En *Entre selva y páramo viviendo y pensando la lucha india*, pp. 265-284. Bogotá: ICANH.

Vasco, L. G. (2002c [1993]). Los embera chamí en guerra contra los cangrejos. En *Entre selva y páramo viviendo y pensando la lucha india*, pp. 71-87. Bogotá: ICANH.

Wall Kimmerer, R. (2023 [2003]). *Reserva de musgo. Una historia natural y cultural de los musgos*. Madrid: Capitán Swing.